

LAS CARABAZÁS

DEL TÍO CERILLO



(Monólogos de un campesino)

M^a Amparo Garrigós Cerdán

DÉCIMA CARABAZÁ

Cosas de niños

Mesiésdames, l'oncle calebasse vous salue (Hace una reverencia estilo mosquetero) Que quiero dir que ya estoy aquí a darlos la murga y lo digo en francés porque en algo s'ha de notar que amos ido a la vindimia, una lástima que no fuera pa otra cosa que pa acachar el lomo pa los que luego, no compran pan.

Esta noche, tenía qu'haber venido yo con un baberet y un chupachupa, porque la cosa va de chiquetes, que a poco que t'acuerdes, en d'hay pasás pa parar hasta el Talgo. Sólo una de toas m'ha pasau a mí pero, dale hilo a la milacha, que las otras, no tienen *disperdicio*. Ya me lo diréis después del *discurso*.

Allá por los tiempos de la posguerra, veví enfrente de la Fuente de Guierro, onde Carbonell, el de las gaseosas, y onde vive ahora Paco Gómez, que es el que m'hace a mí ixos debujicos tan salaus, que salen con cada carabazá... Pos en ixa casa, digo, que veví entonces una familia folastera, de por ahí cerca de Valencia. Los agüelos vendían vino, y lis decían los Vinateros, pero el hijo va cambiar el negocio por otro d' her fideus, por ixo va pasar de Vinatero a Fidegüero. El tío Fidegüero y su mujer tenían una chiqueta y dos chiquetes, el más pequeñico era un bendito, pero los otros dos ¡qué dos patas pa un banco y nos coja confesaus el Redentor! ¡Y quin par de truenos! Pos resulta que un día van venir médicos y enfermeras a vacunar a tos los críanzos (que yo m'acuerdo que a mí tamién me van vacunar entonces), y allí en la Falange, uno detrás de otro, nos iban arreglando y, luego, pa consolarte si te vían hecho mal, te daban un chusquet con un bollico de chocolate de garrofa. Cómo sería la cosa, qu'el hijo mayor del tío Fidegüero, siendo como eran tiempos de pasar mucha gasusa, va quedar tan pagau del premio que, na más arrearse el bollet y el panet, s'en va poner otra vez en la tanda y ¡li van arrear otra vacuna! Como era d'esperar, al poco rato, con tos los *mecrobios* que l'habían metido en el corpet, empieza con un calenturón ¡que volaba! Y asina, se va descubrir el pastel de las dos vacunas. Corriendo a llamar al médico qu'el hombre se tiraba las manos a la cabeza, ¡Dios mío y quin papelón! Li van poner de to lo que'n d'había en botica, y lo que no, porque aquel se lis iba a marchas dobles. La madre, que en ixe linte no podía pegarle al moñaco la tunda que s'había ganau, li decía en valenciano: “*Ai, fill meu, fill meu, ¿per qué ho has fet?*” Y aquel, que s'enganchaba una mejica al hablar y estaba más muerto que vivo, li va contestar como va poder: “*Mare, mare, es qu..., qu..., qu..., qu..., que en donaven el berenar*” El médico, que lo va sentir, con to'l sofocón que llevaba, li va dir entonces a la pobreta: “*Usted no se preocupe de nada, si esta noche no se muere, lo que es de hambre, el tragaldabas este descuide que no se le morirá*” ¡Y aún vive!

Hablando de lenguas, siendo la parla nuestra tan *sengular*, ¿a vosotros no los pasaba de pequeñicos en la escuela que si pedías premiso pa ir a pixar, el maestro o la maestra, te pliteaba: “*No se dice pixar, se dice mear*”? Pos bien, yo no sé si esto va pasar de verdá o es que alguno se va enventar la humorá con mucho atino, pa que ahora

yo la pueda contar aquí. La cosa viene por lo del *pixar*, en castellano, *mear*. Era Semana Santa, y el maestro explicaba la entrada de Jesús en Jerusalén: *“Iba a lomos de un borrico, y allí lo recibieron como a un rey, con palmas, ramos de olivo y de laurel. La gente lo aclamaba y, como lo querían tanto, los hombres ponían sus capas en el suelo y el borriquillo las iba pisando, conforme iba entrando por las calles de la ciudad. Por eso, ahora, para conmemorar ese día nosotros tenemos el Domingo de Ramos”*. Cuando va acabar la explicación, va dir el maestro: *“A ver, ahora quiero que uno de vosotros relate a todos los demás lo que acabo de contar yo”* Ensiguida se levanta el más listo de la clase y dice: *“Yo”* Y empieza: *“Pues que Jesús llegó a Jerusalén a lomos de un burret y lo querían tanto que lo recibieron como a un rey, con palmas, ramos de olivo y laurel, y le decían cosas muy bonitas, y también, los hombres ponían sus capas en el suelo y el burret, conforme iba entrando por las calles de la ciudad, las iba meando...”* Na más dir aquello, ¡menuda rebolica que se va armar! Los chiquetes, pateando y tocando palmas, se pixaban porque eran d’Engra y el maestro, si era d’aquí como si no, si no se meó, meándose estaba.

Pos, la que viene ahora es menina, y los prometo qu’es verdá porque li va pasar a un amigacho mío que, perdonarme que no diga quién es, porque es mu *confuso* pa algunas cosas y no quiero ponerlo colorau. Como los ha dicho al prencipio, d’aquí del lugar amos ido a vindimiar a la Francia un grapau de gente y un buen grapau de años. Pos uno d’esos años, arreamos p’allí ciento y la madre, pa un mes. Este amigacho mío tenía una chiqueta de tres añicos y pico que, como no veía a su padre li preguntaba a la madre: *“Mama, ¿qué el papa ande está?”* Y la madre: *“El papa está en Francia, que s’ha ido a trebajar allí pa traer perricas”* Y asina, se fue pasando el mes. Torna el marido a Engra de noche, cuando ya la mujer y la chiqueta s’habían echau, que dormían en el mirmo cuarto, porque ya sabéis cómo eran las casas antes. Maginarse lo qu’era pasar un mes entero sin mujer, siendo como aquel que dice novenzanetes: venía el pobret desmayaíco. Allega, sube p’arriba, despierta a la mujer con to la alegría y empieza a hacerle fiestas, ya sabéis de qué clase. Y la mujer: *“Pero, chico, estate quieto, que vas a despertar a la chiqueta”* Y aquel como un *Mehúra*, aquí te pillo, aquí te mato. Cuando ya allegaban las folías, en medio casi de la Gloria, li dice mi amigacho a la mujer: *“María, que me voy...”* Entonces, planta la vela la menuda y pregunta: *“¿Otra vez te vas a Francia, papa?”* Agarrar aire, si no l’hais pillau y ahora vais y lo cascáis.

Tamién m’acuerdo que allá por los años sesenta del siglo pasau, s’ajuntaba en la Fuente del Llano una nube de moñacos, unos de la calle S. Antonio de Pauda, otros de Enrique Sánchis y los demás de S. Jaime. Podría nombrarlos pa que se hiciérais a la idea, y a ellos igual les hacía gracia, pero como son casaus, tienen hijos y alguno hasta nietos, siendo como eran tos de a chavo, no me fío de la parentela, no me vaigan a joer en un meneo. Hacían unas guerras con los de Santísimo, que ni los *Moros* y *Crestianos*, a pedrá limpia, que asina iban tos de chirles, esgarrañás, repelones, en tres palabras: peor qu’un aceomo. Pos una día estaban en la fuente, sería verano, porque si no hubieran estau en escuela, y allí habían un par de arbolicos. La cosa es que no sé cómo

uno li va arrancar un peacico de corfa al arbolico que tenía más a mano, y va empezar a chuparlo. Aquello estaba dolcet, ¡ché qué bueno! Y va y les dice a los otros: “*Estos árboles son de los que sacan la regalicia*” ¡Hodo Mariolo, la regalicia en aquellos tiempos, que se veía por un ujero, y no siempre se cataba! Empiezan tos los crianzos a arrancarle corfetas a los arbolicos, ¡y venga chuplar! A la hora de comer, s’en van tos pa casa y empiezan a ponerse malos, pero *entosicaícos* perdidos, porque de regalicia na, ¡un veneno peor qu’el matarratas! El pobret de D. Pedro va pagar el pato, de casa en casa como una flecha, tres los va tener que mandar p’al hospital, y los otros, en casa, con goteros, “¡Virgen Santa, en un momento quin *vectigal!*” se decía el hombre, “*Pa que luego nos llamen matasanos*” A los pocos días van cortar los arbolicos, y no m’acuerdo si plantarían otros o no, pero estando el término lleno de garroferas meleras, ¿a quién se l’ocurre poner arbolicos venenosos a mano de los crianzos? Hombre, ¡un respeto por la *salú pública!* Si via sido hoy, salimos hasta en el Telediario.



Y otra más: por aquel entonces, no sé por qué se pusieron las escuelas en lo qu’era la Falange (aquello se ve qu’era entonces la casa *moltiúsos*). En aquellos años, España era católica y apostólica y, a Dios, ni a la Iglesia, ni a los curas no se los podía tocar ni de palabra ni mucho menos de obra. Pero, claro, en la *entemidat* de las casas y con los amigos o vecinos, puesta la ley, puesta la trampa, ¡pos no había poco cachondeo con to lo qu’estaba probido! Resulta que, un cavazuecas como yo, cuando venía de la campiña, no siendo hombre de casino, s’en d’iba a apegar el hilet un ratico a casa de un primo o de algún amigo o vecino hasta la hora de cenar, porque entonces ni arradio, ni tele, ni na de na... Tenía un chiquet qu’era mu espabilau, de siete añicos o así, que casi

siempre iba chafándole las zapatitas, agarrau a los camales del padre. Un día como muchas otras veces, s'en van ir los dos a casa de un pariente y mira por onde, aquel día li va dar al pariente por contarle al otro un chiste que decía asina: *“Eran dos hermanicos mu pobretes, mu pobretes, y la madre que ya era mu vejeta, va y se les muere. Entonces li dice el uno al otro: “Y ahora, ¿qué vamos a her si no tenemos ni una perrica pa pagar el entierro?” Y contesta el otro qu'era una avispa: “Pos mu fácil, li vamos a her a la mare un entierro de no te menees, y después, si podemos pagaremos, y si no, ya está enterrá” Asina que li van her un entierro, que hasta coche de caballos con penacho. A los pocos días se presenta en su casa el cura a pedir las peseticas que tocaban. Aquellos li van dir que verdes las habían segau, porque de perras, ¡ni una! Entonces lis pregunta el cura: “¿Y no tienen ustedes ningún familiar cercano que se haga cargo de los gastos?” Y ellos: “Sí, tenemos una hermanica” Y el cura: “Y dónde está” Y ellos: “Pos que s'ha tirau a la mala vida” Y el cura: “¿A la mala vida?” Y ellos: “Sí, porque s'ha metido monja” ¡Ay, el cura que los siente! Se'n va quedar más blanco que la paret pero, en cuanto va poder alenar, va y lis arrea: “Meterse monja, no es tirarse a la mala vida. Es que vuestra hermana se ha casado con Dios” “Pos ya está to arreglau” va dir el más listo, “si mi hermanica s'ha casau con Dios, el entierro que lo pague mi cuñau”*. El chiquet aquel, que va entender mu bien el chiste, por lo del cuña una más, s'en va al otro día a escuela y el maestro, ¡qué casualidad! lis va mandar escrebir un cuento. El crianzo, en su bendita *enocencia*, l'emboca en la libreta el chiste del día antes. El maestro que lo lee, en ca que *desimulando*, se moría de la risa. Llega la hora del recreo, s'ajunta con los otros maestros, y lis va alegrar el día. ¿Y el chiquet? No entendía na: tos se reían pero tos le dicían que chitón, que ixo no se debía contar, y el padre no llegó a quitarse la correa, pero li va alvertir: *“Como cuentos ixo otra vez, te pego un pasón que t'ahundo”*, siendo como era que él y el pariente, ¡menuda chufra no llevaban con el *socedido*! Asina que, cuidaíco con lo que se charra delante de los chiquetes, porque pa educarlos bien, como pa ser mozo de ciego, un punto hay que saber más que el dimonio.

¡Ay, los chiquetes d'entonces que somos los agüelos d'ahora! Si se fijáis, cuánta *enorancia* y con qué poquico s'entreteníamos. ¿S'acordáis qu'el día que llovía, con las calles que en ca no estaban *alquetranás*, era una fiesta? Tos en los portaletes con peazos de barro héndolos finos pa her tortas con ujeros y luego esclafarlas contra el suelo. O juando a la escampilla con dos palos, a los santos con cajicas de mistos y un tacón de zapato, en un banquet her un cuadríco y con tres piedras, el tres en raya. Por otro lau, el trampot y la venturita... ¿Y irsendé por los bancales a berendar albercoques o cerezas? No me s'olvidará en la vida, por más años que tenga, el tío Granerero, qu'era guardia de campo por ixa época. Cuando nos pillaba en algún bancal de quienquiera que fuera, menos nuestro, con que lastimica nos decía: *“Bonicos, ¿qu'hacéis aquí? ¿pa qué hais venido, mantas? ¿no sabéis, salaus qu'esto está probido”* Y tú con unos lagrimones más gordos que las goteras: *“Tío Ramón, no me denucie, que luego mi papa me pega”* Y él: *“Esta tarde, ¿no víais estau mejor juando en la ereta...? Ay, con lo mal que a mí me sabe...”* Y uno héndose la goleta de que se libraba, ¡con la *dolzura* que nos trataba, con tanta *dilicadeza*! Hasta que sacaba la libretica y nos preguntaba: *“A ver, ¿cómo se*

*llamáis?” Entonces se mirábamos unos a los otros tos despagaus y con los ojicos se dicíamos: “Ya nos ha jodío el tío Granerero. Esta noche pasá de correa” ¡Pos no ha cambiau la pilícula! Hoy los chiquetes son los reyes del mundo y no lis falta de na (bueno de casi na) y saben de cosas, que se las pelan, pero el asunto, como que no pinta bien, porque parece que dirles NO sea, poco más o menos, un pecau mortal: no lis vale por respuesta. Y asina derde pequeñicos, to pa ellos, pero normas que cumplir, d’ixo na: los niños hoy sólo tienen derechos y s’acabau. Luego viene la joventut y di tú de las hordas d’Atila, pa qué los voy a contar más. Con tanto darles y darles to hecho, los estamos hendo unos dergraciaus: ¿onde está el respeto, onde está el cariño, onde el sentido común, onde lo qu’ hace falta pa defenderse en la vida? ¿Y con to en las manos, siempre están alborridos? Tamién lis falta una cosa mu precisica cuando uno está creciendo: la *maginación*. Siendo mu pequeñicos, en ca la tienen pero, cuando empiezan con tos ixos trastos d’ahora, teles, consolas, *vidiojuegos* y otras mandangas, adiós. Será por ixo, porque yo me va criar en aquellos tiempos de *poconá*, que puedo venir a hacerlos de vez en cuando una charraeta que será más o menos acertá, pero es lo que la *maginación* me da (algunos dirán qu’ es chochera) Así que agarrarse fuerte y, con lo que quiera que venga, her como el tío Granerero, mucha *dolzura* y mucha *dilicadeza*, pero siempre en guardia. Ni chillos, ni palos, pero mu firmes pa que se entienda, entre las líneas del amor *felial*, qu’ el qu’ algo quiere, algo li cuesta.*

Au revoir, mes enfants. (Otra reverencia)

